Biblioteca Digital Curt Nimuendajú - Coleção Nicolai
www.etnolinguistica.org

VOLUMES 17-20
(1ª PARTE)

1969-1972

Revista de Antropologia

SUMÁRIO

BRIGITTE ERTLE-WAHLEN: Sôbre as causas de movimentos messiânicos em populações tribais 1
ALFONSO TORRES LABORDE†: Se puede poner en duda el principio misionero? 17
ROBERTO CARDOSO DE OLIVEIRA e L. DE CASTRO FARIA: O contacto interétnico e o estudo de populações 31
GERALDO PINHEIRO: A aldeia indígena de Sapucaia-Oroca, Amazonas 49
CASIMIRO BEKSTA, S. D. B.: Problemas de comunicação na pesquisa antropológica 59
RENATE BRIGITTE VIERTLER: O alto Xingu e suas possibilidades de exploração antropológica 69
ROSA VIRGÍNIA MATTOS E SILVA: Informação preliminar sôbre o português falado na aldeia Kamayurá 75
JOSÉ PEDRO RONA: Extensión del tipo chaqueño de lenguas ... 93
PROTÁSIO FRIKEL: Migração, guerra e sobrevivência Suiá 105
MARK MÜNZEL: Notas preliminares sôbre os Kaborí (Makú entre o Rio Negro e o Japurá) 137
HERMANN TRIMBORN: Alcance e limites das fontes escritas para as grandes civilizações da América 183
FRANZ JOSEPH HOCHLEITNER: Decifração semântica de 70 hieróglifos maya de sentido astronômico 189

DIRETOR: EGON SCHADEN, UNIVERSIDADE DE SÃO PAULO
FACULDADE DE FILOSOFIA, LETRAS E CIÊNCIAS HUMANAS

Biblioteca Digital Curt Nimuendajú - Coleção Nicolai
www.etnolinguistica.org

EXTENSION DEL TIPO CHAQUEÑO DE LENGUAS

José Pedro Rona

(Faculté des Arts, Université d'Ottawa)

Antonio Tovar, en su *Catálogo de las lenguas de América del Sur* [1] intenta una clasificación tipológica de las lenguas sudamericanas. En una reseña que hemos escrito acerca de ese libro [2], hemos dicho que este bosquejo tipológico era la parte más objetable de ese excelente libro. Expresamos la opinión de que la tipología lingüística es de una extraordinaria importancia cuando se trata de las lenguas sudamericanas, entre las cuales es muy difícil, muchísimas veces completamente imposible, establecer relaciones genealógicas sobre la base de los materiales de que actualmente disponemos. Más aun, en muchos casos -tal vez en la mayor parte de los casos- es probable que la cantidad de los materiales disponibles no aumente tampouco en el futuro, lo cual equivaldría a confesar una definitiva imposibilidad de establecer relaciones genealógicas. Sin embargo, en la misma reseña hemos dicho que el "bosquejo" que intenta Tovar no es propiamente tipológico, sino más bien "caracterológico" al estilo ya anacrónico de V. Mathesius. Podríamos agregar, que en lo que tiene de tipología, ese bosquejo sigue más bien los lineamientos de la antigua escuela tipológica de Humboldt y de Steinthal. Nosotros, desde un punto de vista metodológico, creemos también que una descripción o clasificación tipológica debería tender a encontrar áreas coherentes que muestran distintas particularidades comunes a varias lenguas que no proceden de una proto-lengua común, o bien, de las cuales no podemos demostrar de ninguna manera que procedan de una proto-lengua común. Nos referimos a hechos como los que se han comprobado en el bien conocido "tipo balcánico", que muestra varios hechos que se dan igualmente en lenguas pertenecientes genealógicamente a familias diferentes (rumano, búlgaro, albanés, etc.). No se trata, por lo tanto, de establecer ciertos *tipos* a priori y después clasificar dentro de esos tipos a todas las lenguas que muestren las características que de antemano hemos atribuído a ese tipo; se trata, en cambio, de detectar una evolución convergente de varias lenguas, que se manifiesta en ciertos rasgos comunes a todas ellas o a la mayoría de ellas. Aquí, no se trata de una determinación apriorística, puesto que, una vez establecido el tipo, tenemos el resultado final, no una etapa intermedia. Dicho con otras palabras, el tipo lingüístico

de una unidad geográficamente determinada por medio de fenómenos coincidentes, y, fuera de la zona geográfica para la cual fue establecido el tipo, no tiene sentido hablar de lenguas pertenecientes al mismo. En este sentido, una clasificación tipológica sería exactamente lo contrario de una clasificación genealógica, puesto que la primera se basa en la evolución convergente de lenguas, mientras que la segunda se funda en la evolución divergente. La unidad básica de la tipología es el *tipo lingüístico,* mientras que la unidad básica de la genealogía lingüística es la *familia lingüística*. En otro plano podríamos decir que la diferencia entre la tipología lingüística y la genealogía lingüística es en realidad una diferencia entre la sincronía y la diacronía, puesto que en la tipología comparamos los estados presentes de varias lenguas para sacar conclusiones solamente sobre esos mismos estados presentes, mientras que en la genealogía lingüística comparamos estados presentes de varias lenguas para sacar conclusiones referentes a una proto-lengua, o sea a un estado de lengua diacrónicamente situado. Desde este enfoque, un grupo de lenguas situadas en la península balcánica que presente particularidades comunes, pertenece a un tipo; pero si en el corazón de la América del Sur o en el centro de Australia encontramos otro grupo de lenguas que presentan exactamente las mismas particularidades en común que las de las lenguas balcánicas, no tenemos por qué ni debemos incluir estas lenguas en el mismo *tipo,* sino formar con ellas otro tipo nuevo. Esto está naturalmente, muy lejos de aquella primtiva tipología lingüística humboldtiana, con sus tipos "flexionantes", "aglutinantes" etc.

Aclarado todo esto, podemos volver al bosquejo tipológico de Antonio Tovar, para comprobar que en el mencionado bosquejo figuran cuatro "tipos", el primero de los cuales -el más primtivo según Tovar- tiene su hogar en las zonas centro-orientales del continente. A este tipo pertenece, siempre según Tovar, en primer término el Mataco, y luego "otras lenguas chaqueñas: El Toba, el Chorote y, como típica de las lenguas del Brasil oriental, el Bororo". Algunas otras lenguas chaqueñas, siempre según Tovar, pertenecerían al tipo 2 y al tipo 3, en los cuales figuran también lenguas de regiones bastante distantes; ejemplo del tipo 4 es el guaraní.

La verdad es que numerosas lenguas del área chaqueña presentan ciertas particularidades en común, que se refieren tanto a su estructura fónica (sobre todo en lo que se refiere a una falta de diferenciación dentro de los fonemas sonantes dento-alveolares) como en la estructura de su gramática (sobre todo en lo relativo a su sistema pronominal y a las personas del verbo). Esto naturalmente no significa que todas estas lenguas chaqueñas tengan que ser totalmente idénticas en *todos* sus aspectos. Se trata de un *tipo* en el mismo sentido en que hablamos de un "tipo balcánico", que tiene en común el fonema /î/, el artículo pospuesto, el doble uso del pronombre régimen etc. etc., pero que discrepan en muchísimos otros

aspectos. No se trata aquí de demostrar la identidad de las lenguas que pertenecen al mismo tipo, puesto que entonces estaríamos haciendo una clasificación genealógica, no una clasificación tipológica. Los caracteres del tipo lingüístico son justamente innovaciones que, habiendo surgido en algún punto geográficamente determinado, se expanden de acuerdo con lo señalado ya por Johannes Schmidt, abarcando el territorio ocupado por más de una lengua; mientras que las clasificaciones genealógicas en general tratan con innovaciones que, siempre de acuerdo con la "teoría de las ondas", se han expandido solo dentro del teritorio lingüístico correspondiente a una sola lengua (proto-lengua). Lo que es común, a un mismo *tipo* son las innovaciones, mientras que lo que es común a una misma *familia* son las conservaciones. Por lo tanto, el hecho de que lenguas pertenecientes a un mismo tipo presenten entre sí más discrepancias que identidades, no significa una prueba contraria a la existencia del tipo. Representan, en cambio una prueba acerca de la vecindad geográfica -al menos en algún momento- entre todas las lenguas pertenecientes a ese tipo. Desde este punto de vista, es suficiente poder mostrar que las concordancias sean fenómenos de estructura, y que dificílmente hayan podido originarse por una evolución divergente, sino solamente por una evolución convergente. En este caso se encuentran, evidentemente, las lenguas del tipo chaqueño.

Creemos que ha sido un grave error cometido por varios estudiosos el tratar de utilizar todas las semejanzas que hayan podido constatarse entre diversas lenguas sudamericanas, para formar con ellas *familias* lingüísticas. En muy pocos casos (por ejemplo en el caso del tupí-guaraní) poseemos suficientes datos como para mostrar que las concordancias pueden derivarse efectivamente de una proto-lengua. En los demás casos naturalmente tenemos que dudar o vacilar entre las dos suposiciones posibles: de si se trata de una evolución divergente, en cuyo caso estaríamos frente a una *familia* lingüística, o bien de una evolución convergente, en cuya eventualidad tendríamos un *tipo* lingüístico. Este sencillo hecho ha sido muy frecuentemente olvidado por los que han insistido repetidas veces, y muy a menudo sin material lingüístico suficiente, en incluir determinada lengua en determinada familia. En general, han utilizado para ello algunas concordancias, sin darse cuenta de que ellas podían tener dos explicaciones netamente diferentes.

Este excesivo apego a la genealogía, aun en zonas donde toda investigación diacrónica es imposible, ha sido el origen de la glotocronología de Swadesh. Esta ya ha sido demasiado repetidas veces criticada y destruída, como para provocar nuestro comentario aquí. Lo único que deseamos señalar es que, al menos en nuestra experiencia personal, los que todavía son adictos a la glotocronología, aducen como único argumento que "no tenemos ninguna otra cosa" para determinar familias lingüísticas. El argumento es falaz pues con la misma razón podríamos aceptar la funda-

ción del Lacio por Eneas, ya que "no tenemos ninguna otra cosa". Pero la diferencia grande radica en que la fundación del Lacio es un tema científico inevitable, mientras que la clasificación de las lenguas americanas no tiene por qué ser necesariamente genealógica, pues podría ser también tipológica, sobre todo si tenemos en cuenta que no sabemos en realidad cuándo los rasgos comunes de dos lenguas son innovaciones y cuándo conservaciones. Por consiguiente, la glotocronología representa simplemente un desesperado — e injustificado — intento de mantener un criterio genealógico en una época en que, sin embargo, el pensamiento básico de los lingüístac ya no se orienta hacia la diacronía, sino más bien hacia la sincronía. Hoy, pues, no se justifica este excesivo apego a la clasificación en familias, como lo señala tan acertadamente Vl. Skalicka[3].

Si tomamos en cuenta los fenómenos ya mencionados (indiferenciación de los fonemas sonánticos dento-alveolares, sistemas pronominales etc.), resulta evidente que existe un tipo chaqueño que se extiende desde las primeras estribaciones de los Andes hasta los confines orientales del Chaco paraguayo. Naturalmente, puesto que nuestro criterio para establecer este tipo chaqueño, no es el mismo que utiliza Tovar, su contenido tampoco será el mismo. Así, por ejemplo, no incluiríamos ninguna lengua del oriente del Brasil.

Sin embargo, nuestras investigaciones acerca de un posible parentesco entre la lengua vilela y la lengua charrúa, nos han llevado a establecer el hecho de que entre la primera -lengua chaqueña- y la segunda, hay algunas similitudes o concordancias que justamente están dentro de los campos que hemos mencionado cuando hablábamos del tipo chaqueño. En una publicación[4] hemos afirmado que era virtualmente seguro que había una similitud muy grande entre estas dos lenguas. No podemos decidir con los sumamente escasos materiales que se poseen acerca de la lengua charrúa, si se trata de una concordancia tipológica o de una concordancia genealógica. Esto carece además de importancia en este momento, puesto que, vistas estas concordancias, lo que podemos afirmar es que la lengua charrúa pertenecía al tipo chaqueño, ya sea por formar parte de una familia lingüística común con el vilela integrante de este grupo tipológico, o bien por mera vecindad geográfica en algún momento de su historia. Todos los materiales acumulados en un libro inédito de Benigno Ferrario[5], en nuestras propias investigaciones[6] y en algunas otras fuentes, parecen indicarlo así.

La lengua charrúa ha constituído siempre y en gran parte sigue constituyendo hoy un enigma, debido a la escasez de materiales conservados. Ha sido objeto de muchas especulaciones en el pasado, y también de muchos estudios, hechos a veces por lingüistas muy competentes (Benigno Ferrario, Olaf Blixen) o bien por diletantes (Sixto Perea y Alonso, José Joaquín Figueira y otros). Naturalmente no se puede esperar que, con los materiales a todas luces insuficientes que poseemos de la lengua charrúa, se

pueda lograr una convincente clasificación genealógica. Esto no obsta para que esta lengua haya sido repetidas veces clasificada en distintas familias lingüísticas del área chaqueña. Así, ya en 1904, R. R. Schuller proponía la afiliación *guaycurú* de la lengua charrúa. Más recientemente, en 1955, McQuown y Greenberg incluyeron el charrúa en la familia *macro-guaycurú,* dentro de la cual no le atribuyen ninguna filiación concreta en alguna de las sub-familias. En 1957, Benigno Ferrario, en obra que aún permanece inédita, clasifica el charrúa dentro de la familia *mataco-mataguaya,* y en 1964, en nuestra ya citada publicación, hemos clasificado la lengua charrúa dentro de la sub-familia *lule-vilela*. Si queremos hacer una especie de cuadro sinóptico de estas cuatro clasificaciones, llegamos a la conclusión de que los cuatro lingüístas mencionados difieren sólo en cuanto a la pertenencia del charrúa a determinda familia o sub-familia lingüística, pero están de acuerdo en que era una lengua emparentada con las chaqueñas. Estamos pues, en presencia de un caso característico de *tipo* lingüístico. Naturalmente no se debe interpretar esta afirmación en el sentido de que el charrúa fuera una lengua "aislada", o sea no perteneciente a *ninguna* familia lingüística, como interpreta incomprensiblemente José Joaquín Figueira el hecho de que en la clasificación de Loukotka y Rivet figure aparte de todas las familias lingüísticas. Esto significa, tanto en Loukotka y Rivet, como en los autores precedentemente mencionados, que *no sabemos,* por ahora, a qué familia pertenece exactamente el charrúa. No significa que no pertenezca a ninguna.

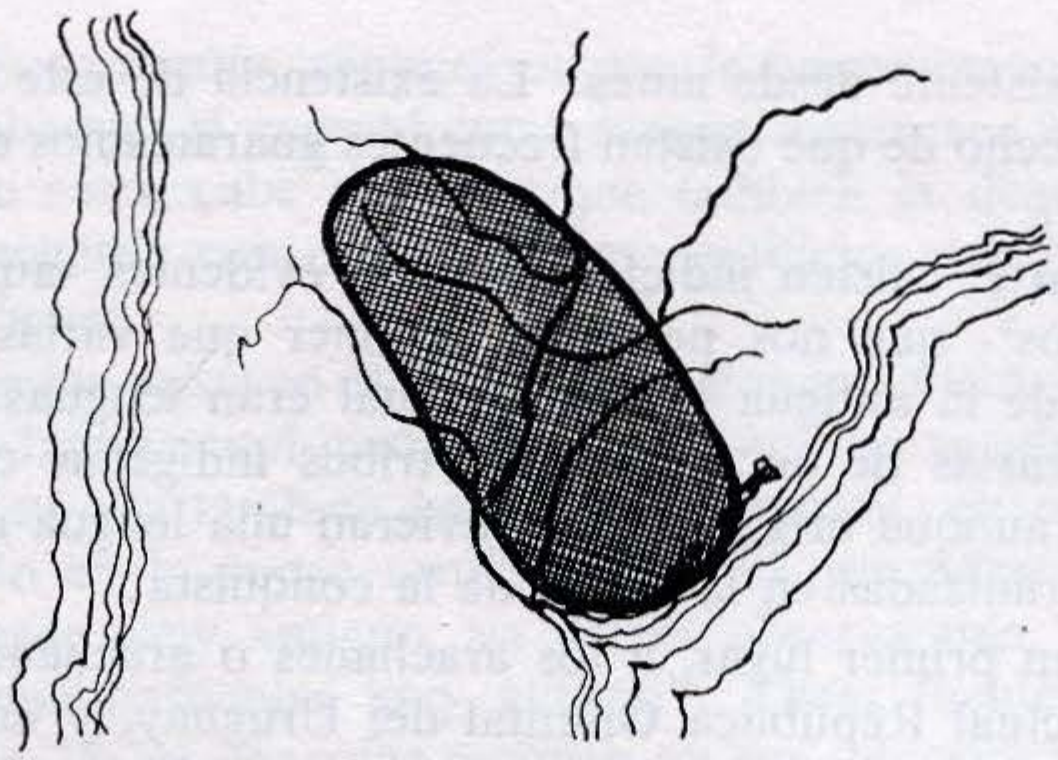
La consecuencia concreta que podemos sacar de todas estas consideraciones es que la lengua charrúa, con sus variedades, pertenecía al tipo chaqueño. Puesto que esta lengua se hablaba principalmente en la Banda Oriental, aunque en menor grado también en la Mesopotamia Argentina y en el extremo sur del Brasil, la conclusión que acabamos de mencionar nos plantea el dilema de si se trata de una rama desprendida del tronco principal del tipo chaqueño, o bien si en algún momento el tipo chaqueño, hoy limitado al área propiamente chaqueña, ocupaba una extensión más vasta, que iba desde las estribaciones de los Andes hasta la costa del Océano Atlántico.

Es nuestra opinión que la segunda de estas hipótesis es la más correcta, es dicir que el tipo actualmente chaqueño ocupaba originalmente una vasta área que llegaba por el oeste hasta las estribaciones de los Andes (lule-tonocoté) y por el este hasta la costa del Océano Atlántico en la Banda Oriental (charrúa y sus variedades). Esta amplia área fue después cortada en dos por la invasión guaraní a lo largo de la Mesopotamia Argentina, desde el Norte, quedando entonces dos áreas pertenecientes al mismo tipo original, una en el Chaco y la otra en la Banda Oriental. Esta habría sido la situación en el momento en que llegaron a esta región

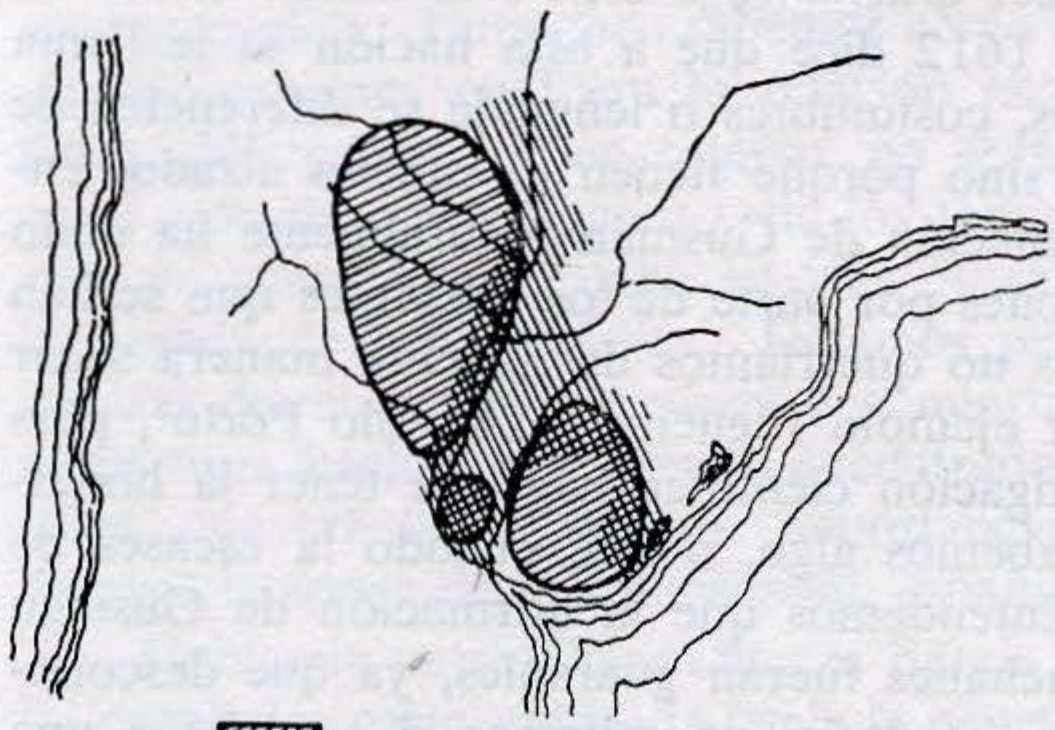
los españoles. A mediados del siglo 19, en el área oriental se extinguieron todas las lenguas indígenas, quedando por lo tanto solamente las del área chaqueña, razón esta de que hoy hablemos de "tipo chaqueño" cuando, en realidad este tipo lingüístico se formó en toda la zona central del continente y representaba inicialmente un área no menor en importancia que las lenguas pampa-araucanas en el Sur, las lenguas tupí-guaraní y otras lenguas de la Amazonia Brasileña en el Norte.

La situación a la llegada de los españoles era tal que dio lugar a frecuentes confusiones acerca de la verdadera naturaleza de las lenguas indígenas que se hablaron en la Banda Oriental. A pesar de las observaciones muy pertinentes de algunos viajeros europeos, y a pesar de que en la época colonial debía de resultar absolutamente evidente para todos los habitantes de la Banda Oriental que las lenguas indígenas autóctonas no eran guaraníes, durante el siglo 19 se ha hecho común la idea, en esta parte del mundo, de que las lenguas indígenas de la Banda Oriental pertenecían al guaraní. La expresión más cabal de esta idea se encuentra en la *Historia de la dominación española* en el Uruguay de Francisco Bauzá. Hacia fines de siglo, sin embargo, cuando aparecieron los primeros estudiosos de la lingüística, cuando hasta los diletantes adquirieron ciertos conocimientos elementales de la ciencia lingüística, y cuando aparecieron algunos nuevos materiales acerca del charrúa, se produjo una reacción hacia el extremo inverso, reacción desordenada y negativa que, más que determinar la verdadera filiación del charrúa, tendía a demostrar su origen no-guaraní. Esta reacción ha sido tan poderosa que se ha vuelto un lugar común en nuestro medio decir que no había guaraní en la Banda Oriental. El hecho de que la toponimia de la República Oriental del Uruguay tenga un carácter marcadamente guaraní, fue explicado por Orestes Araújo mediante la suposición de que estos topónimos guaraníes se debían a los lenguaraces paraguayos que traían consigo los españoles y que, después de haber preguntado a los nativos autóctonos el nombre del lugar, habrían dado a los españoles, no el nombre oído, sino su equivalente en guaraní. Esta teoría, que naturalmente no puede resistir al más leve examen crítico, fue sin embargo aceptada y repetida por todos durante cinco o seis décadas. Representa, evidentemente, una vigorosa negación de la hipótesis guaraní anteriormente en boga pero, como suele suceder, se pasó y con mucho hacia el otro extremo. La verdad debe buscarse en el medio, o sea, en el reconocimiento de que en el momento de la llegada de los españoles había en el Uruguay lenguas guaraníes y lenguas no guaraníes.

En efecto, tenemos abundantes pruebas del hecho de que el guaraní era corrientemente usado en la Banda Oriental. Es un hecho que el guaraní ya antes se usaba como lingua franca, y los españoles lo impusieron como "lengua general", con lo cual no han hecho otra cosa sino aumentar

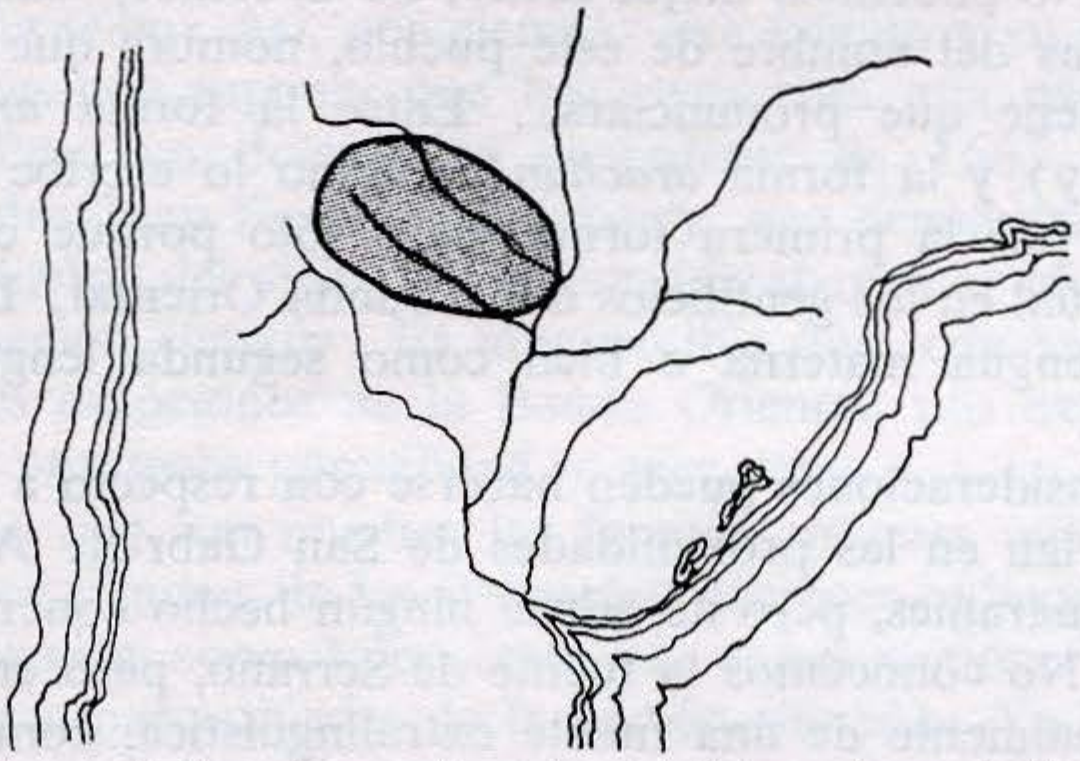


Mapa nº 1 — Extensión del "tipo chaqueño" antes de la penetración guaraní-tupí.
(Nota: Los límites que figuran en este mapa sólo pretenden ilustrar la situación aproximada de las lenguas pertenecientes a este tipo).



Lengua del "tipo chaqueño".
Lengua de la familia tupí-guaraní.
Lenguas del "tipo chaqueño" con fuerte influencia guaraní.

Mapa nº 2 — Extensión del "tipo chaqueño" a la llegada de los españoles.
(Nota: Los límites que figuran en este mapa sólo pretenden ilustrar la situación aproximada de las lenguas pertenecientes a este tipo).



Mapa nº 3 — Supervivencia del "tipo chaqueño".
(Nota: Los límites que figuran en este mapa sólo pretenden ilustrar la situación aproximada de las lenguas pertenecientes a este tipo).

el bilingüismo existente desde antes. La existencia de este bilingüismo está probada por el hecho de que existen frecuentes guaranismos en todas nuestras fuentes charrúas.

Por otra parte, existen indicios bastante evidentes -aunque no propiamente lingüísticos[7]- que nos permiten suponer que varias de las lenguas que conocemos de la antigua Banda Oriental eran lenguas guraníes o, por lo menos, que varias de las naciones o tribus indígenas que vivían en la Banda Oriental, aunque originalmente tuvieran una lengua no guaraní, estaban ya muy guaranizadas en la época de la conquista.

Tenemos, en primer lugar, a los arachanes o arachanés que vivían en el norte de la actual República Oriental del Uruguay, y en el extremo sudesde del Río Grande del Sur. De la lengua de este pueblo no poseemos ni una sola palabra, ni ninguna de sus características, hasta el punto de que ni siquiera sabemos si debemos leer *arachánes* o bien *arachanés*. Lo único que sabemos es que Gusmán en 1612 dice que a esta nación se le llama arachanes "no porque en sus usos, costumbres o lenguaje se diferencien de los indios de la nación guaraní, sino porque tienen el cabello alzado, encrespado hacia arriba". Esa afirmación de Gusmán naturalmente ha dado lugar a numerosísimas especulaciones por parte de los diletantes que se han ocupado de la cuestión. Nosotros no querríamos de ninguna manera sacar las conclusiones a que arriba por ejemplo Figueira, o Aurelio Pôrto[8], porque entendemos que en la investigación científica hay que tener la honestidad de reconocer cuándo no sabemos algo, o sea, cuándo la escasez de materiales nos impide saberlo. Entendemos que la afirmación de Gusmán no es una prueba de que los arachanes fueran guaraníes, ya que desconocemos la fuente original del dato, es decir, no sabemos si se debe a una experiencia personal de Gusmán o a "cosas oídas". Además, creemos que esta afirmación lo único que prueba es que los arachanes pudieron hablar en guaraní con Gusmán o con los informantes de Gusmán. Pero no nos dice si el guaraní era para ellos la lengua materna o bien simplemente una lingua franca. No podemos, mejor dicho, no debemos, tampoco sacar conclusiones basadas del nombre de este pueblo, nombre que no sabemos siquiera cómo tiene que pronunciarse. Entre la forma *arachánes* (según Juan Pedro Gay) y la forma *arachanés* (como lo escribe Aurelio Pôrto) nos inclinamos por la primera forma, pero sólo porque concuerda mejor con la forma usual en los gentilicios de la Banda Oriental. Lo cierto es que, ya sea como lengua materna o bien como segunda lengua, conocían el guaraní.

Iguales consideraciones pueden hacerse con respecto a los *topares* que, según Irala, vivían en las proximidades de San Gabriel. Antonio Serrano[9] dice que eran guaraníes, pero no aduce ningún hecho concreto para abonar su afirmación. No conocemos la fuente de Serrano, pero creemos más bien que se trata igualmente de una fuente extralingüística, como en el caso de

los arachanes. Por lo tanto, suponemos que la fuente mencionada no aclara si los topares hablaban el guaraní como lengua materna o bien como lingua franca. En todo caso, cabe observar que también la denominación gentilicia *topares* concuerda con el tipo de los gentilicios del grupo charrúa, lo mismo que *arachanés*.

Están luego los *tapes* en el Norte de la Banda Oriental, acerca de cuya pertenencia a la familia tupí-guaraní creemos que no queda ninguna duda. Los charrúas a su vez también hablaban el guaraní, en calidad de lingua franca, y no sólo en la época tardía de la que proceden nuestras fuentes directas, sino desde muy antiguo; ya Azara observa que "hablan guaraní, pero tienen idioma particular muy gutural". Otras fuentes nos dicen que en los sig'os 17 y 18 los charrúas recibían en sus tolderías a los indios guaraníes que desertaban de las misiones jesuíticas. Hay también fuentes que nos dicen que los *Mbeguás* que vivían en el Delta del Paraná en 1527, eran guaraníes. Tampouco sabemos cómo interpretar esta afirmación, puesto que no sabemos cuál era la relación entre esta población *Mbeguá* y los Chaná-Mbeguás, que, en cambio, no eran guaraníes. Aquí también, como en el caso de los arachanes y de los topares, podría tratarse de una población no guaraní que estaba en vías de ser guaranizada en el momento de la llegada de los españoles. Dejamos para otra oportunidad, puesto que no está directamente vinculada con nuestro tema de hoy, la exposición de numerosos hechos que hemos encontrado en archivos uruguayos y brasileños, que señalan la enorme importancia de la importación de guaraníes durante la época de la colonización española.

Habiendo mostrado así que la Banda Oriental estaba ya antes de llegar los españoles permeabilizada hacia la penetración del guaraní, podemos decir ahora algunas palabras acerca de las lenguas no guaraníes y autóctonas de la Banda Oriental. Sobre este problema se han vertido muy diversas opiniones que en su gran parte se deben, no sólo al desconocimiento de la ciencia lingüística por varios autores, sino también al hecho de que resulta sumamente difícil en esta época establecer una nítida diferenciación entre una nación y una tribu. Así, por ejemplo ,era común y en muchos círculos todavía es común hoy suponer que los yaros eran una nación distinta de los charrúas. Pero un documento procedente de 1665, descubierto en 1926 por el Padre Juan Faustino Sallaberry, nos demuestra que los yaros, al menos a mediados del sig'o 17, se consideraban a sí mismos como una fracción de la nación charrúa. Es muy posible que toda vez que hablemos de los habitantes autóctonos de la Banda Oriental, nos expongamos a tomar por nación una mera parcialidad, o vice versa.

El hecho es que son muchas las fuentes antiguas que señalan la circunstancia de que algunas de las presuntas naciones indígenas de la Banda Oriental, que figuran como tales (esto es, como naciones) no eran más que meras tribus o parcialidades de la nación charrúa. Ya Lorenzo Hervás

y Panduro en la segunda mtiad del siglo 17, dice que "los indios llamados yaros son tribu de la nación güenoa, y se cree también lo sean las naciones de los minuanes, bohanes y charrúas". Muchos otros autores identifican a charrúas y minuanes, entre otros Azara, Gonzalo Doblas, Juan Pedro Gay etc. A pesar de la antigüedad de estas observaciones, se mantiene en la literatura especializada la idea de que yaros, güenoas, minuanes, bohanes, charrúas, etc., eran otras tantas naciones indígenas, e implícitamente se sobre-entiende que cada una de estas naciones poseía su propia lengua. Sin embargo, cuando se empiezan a conocer algunos vocablos pertenecientes a estas lenguas, varias de ellas resultan emparentadas o aun virtualmente iguales. Naturalmente no podemos aplicar a estas lenguas, de las cuales apenas conocemos una centena de palabras en total, la lista diagnóstica de Swadesh ni ningún otro procedimiento que permitiera establecer el grado de parentesco entre ellas. Un examen detenido, hasta donde pueda hacerse, de los escasos materiales disponibles, nos permite creer que se trata de una sola lengua, con varias diferenciaciones dialectales, y que sería entonces la lengua de lo que Eugenio Petit Muñoz llama muy acertadamente el *Gran Complejo Charrúa*.

De esta lengua o grupo lingüístico formarían parte el "charrúa propiamente dicho" que aparece en el Códice Vilardebó, y también la lengua de los yaros, de los mbohanes, minuanes, gënoas, mbalomares, guayanitanes, negueguianes, martiganes, chanás, eventualmente la lengua de los arachanes y de los topares, y tal vez de los charricanes que aparecen en ciertas cartas anuas, y aun quizás la de los machaluhanes, de quines hasta ahora no se sabía nada, y cuyo nombre, mencionado como nombre de una tribu charrúa, acabamos de descubrir en un manuscrito inédito que se halla en un archivo brasileño.

Ya un mero análisis de los nombres de estas parcialidades indígenas, y mucho más el análisis lingüístico consciente de los pocos materiales auténticamente lingüísticos que se poseen de ella, nos muestra cierta coherencia y evidencia en su pertenencia al tipo chaqueño tal como lo hemos definido en la primera parte de esta exposición.

Por lo tanto, sostenemos que en épocas anteriores a la llegada de los españoles a esta región, había un tipo lingüístico que se extendía desde las primeras estribaciones de los Andes hasta las costas del Océano Atlántico en la Banda Oriental, y que ocupaba así un área lingüística vasta e ininterrumpida. Ya en las postrimerías de la época prehispánica, los guaraníes, avanzando a lo largo de los grandes ríos (Paraná y Uruguay) habían llegado hasta el Río de la Plata, cortando así en dos esta área homogénea. Quedaban por lo tanto dos áreas más pequeñas, aisladas una de la otra: el área chaqueña y la Banda Oriental. Con la extinción de las lenguas indígenas de la Banda Oriental, de lo que originalmente fue un área de gran extensión quedó solamente un área bastante reducida que es la que corresponde al

Chaco. Dentro del área original extensa, lo mismo que dentro del área reducida que queda hoy en el Chaco, se encontraban numerosas lenguas pertenecientes a distintas familias lingüísticas, pero todas ellas se pueden incluir en un solo tipo lingüístico, que se puede caracterizar mediante la evolución convergente. Nuestros conocimientos actuales no nos autorizan a decidir con validez final a cuál de estas familias lingüísticas pertenecían las lenguas del grupo charrúa, si bien tenemos la convicción ya expresada en nuestro trabajo mencionado, de que formaban parte justamente de la familia vilela. Lo que si podemos afirmar terminantemente es que se les debe incluir en el "tipo chaqueño".

NOTAS

1) Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1961, págs. 194-199.

2) *Filología* VII, Buenos Aires (1961), págs. 218-222.

3) VLADIMIR SKALICKA: "O souscâném stavê typologie", en *Slovo a slovesnost* XIX, 3 (1958), págs. 224-232.

4) JOSÉ PEDRO RONA: *Nuevos elementos acerca de la lengua charrúa*. Montevideo. Departamento de Lingüística, 1964.

5) *Los idiomas indígenas de la República O. del Uruguay*. Será próximamente editado en Montevideo por el Departamento de Lingüística.

6) *Op. cit.*

6) Concordamos con Benigno Ferrario en que no hay virtulamente material lingüístico acerca de la lengua charrúa. Cuando José Joaquín Figueira, *Breviario de Etnología y Arqueología del Uruguay,* Montevideo, 1965, págs. 23 sg., se opone a esta afirmación de Ferrario y dice que "sobran documentos", evidentemente pierde de vista la fundamental diferencia entre documentos *de* una lengua y documentos *sobre* esa lengua.

8) *História das Missões Orientais do Uruguai,* Rio de Janeiro, 1943.

9) *Etnografía de la antigua Provincia del Uruguay,* Paraná, 1936.

Biblioteca Digital Curt Nimuendajú - Coleção Nicolai
www.etnolinguistica.org